

LAS VOCES DE LA NATURALEZA.

EL GRILLO

Era el anochecer. La mañana y la tarde habían sido calurosas y soleadas, sucediendo á una serie de días lluviosos; quedaba definitivamente inaugurado el estío, por tantos meses esperado con impaciencia. Aunque ya puesto el sol, jilgueros, curruacas, pinzones y mirlos gorjeaban todavía, infatigables, poniendo en sus trinos y canciones toda su alegría por la vuelta del buen tiempo; abundaban los nidos en los sotos; en las copas de los árboles frondosos, legiones de palomas torcaces arrullaban dulce y melancólicamente; al otro lado del bosque, en el horizonte lejano, aparecía la luna en su pleno, elevándose majestuosa en una atmósfera transparente; y cerca de la ciudad, en los bosquecillos más próximos, la inimitable voz del ruiseñor modulaba con mil armoniosas variaciones el primer canto de la noche.

En determinados momentos el silencio hacía absoluto, y apenas si el oído cuidadoso lograba percibir el rumor del follaje ó el choque de un insecto contra la rama, que cortaba su vuelo; y sin embargo entonces era fácil á veces darse cuenta de un lejano frotamiento de alas determinado por las bandadas de

saltamontes que cruzaban el espacio aún iluminado por las postreras luces del día. Después, todo quedaba de nuevo en silencio; las últimas notas salidas de las gargantas de los pájaros parecían dormirse al dormirse ellos, y el ruiseñor reanudaba su canto de amores.

Pero el fondo de la melodía general, el verdadero canto perpetuo de aquella hermosa tarde, lo mismo entre los henos recién cortados que entre la desecada hierba, que en las espesuras del bosque, era el murmullo del grillo. Las últimas estrofas de la curruca, los gorjeos del ruiseñor, el arrullo de la tórtola, el zumbido de los insectos, las notas monosilábicas del sapo lanzadas en la sombra y semejantes á los golpes dados sobre una campana pequeña, hasta el canto mismo de las ranas, todos estos rumores deteníanse en determinados instantes, como para escuchar, recomenzando luego á modo de campestre coro, como acompañamiento regular y bizarro al canto ininterrumpido del grillo; la voz de éste, humilde, tranquila, modesta, parecía ser la de la sombra y la noche, pero en aquel concertante reinaba en soberana, dando la nota exacta del momento aun en los intervalos silenciosos de todas las demás.

Escuchando al grillo acordéme de haberle oído desde un globo, á más de ochocientos metros de distancia de la tierra; y acordábame también de que habla sin voz, de que su boca es muda; de que es anterior, de muchos millones de años, á los seres que por primera vez cantaron sobre la tierra, pues su aparición data de la época primaria de las edades geológicas, en tanto que la de las primeras aves sólo data del período secundario. Acordábame asimismo de las

horas tranquilas de mi infancia ; de las consejas vespertinas con que nuestras abuelas sabían mecer afectuosa y tiernamente nuestros primeros años, al amor de la lumbre del hogar solariego, no lejos del cual también cantaba el grillo... Y asociando las memoranzas del tiempo pasado á las impresiones de aquel momento, el grillo solitario dejó de serme indiferente y escuché emocionado su voz monótona pensando en los que ya no existen, en los que duermen en paz bajo la hierba del cementerio, y cerca de los cuales el grillo, canta todavía.

*
**

Las voces de la naturaleza sacudieron entonces mi pensamiento haciéndose de él entender bajo un sentido para mí novísimo. Habláronme un lenguaje que me fué al punto comprensible. El grillo que busca el calor en el horno del panadero y que al moderno sol prefiere la obscuridad de la noche, la sombra del crepúsculo ó la penumbra del matorral espeso, créese aún bajo la cálida y sombría atmósfera del bosque primario que abrigó su cuna. En la época en que este decano de los insectos pudo por la vez primera frotar sus élitros sonoros en medio del silencio augusto de los paisajes naciotes, el sol era inmenso, pero nebuloso, y en la tierra había más calor que ahora. Aún estaban por determinarse las estaciones y los climas ; constante y suave la temperatura, disfrutábase de atmósfera semejante á la de las modernas estufas en que encerramos las plantas. Hasta que llegó el grillo, la naturaleza había permanecido muda ; él es, con la

cigarra, el pariarca del canto : la vida terrestre no había producido aún más que contadas especies inferiores, zoófitos, moluscos, algunos anélidos, arágnidos, miriápodos, y una sola clase de vertebrados, la de los peces, y aun éstos no eran más que los cartilaginosos, ganoideos de esqueleto inacabado... mundo de sordomudos ó poco menos.

El grillo, la cigarra, la corredera, la libélula, son los más antiguos insectos de que se han encontrado huellas fósiles en los antiguos terrenos formados durante el período devoniano, anteriormente á la era de los inmensos bosques carboníferos. Esta edad parece ser anterior á la humanidad en diez millones de años. Los insectos superiores, las elegantes mariposas, las inteligentes hormigas, las abejas trabajadoras, los heminópteros, dípteros y lepidópteros, no llegaron hasta muchos siglos después, á favor del desarrollo progresivo de las especies. El grillo parece ser el primer viviente que se hizo oír ; á falta de la voz, que aún no existía, frotó sus élitros, y por la vez primera dijo á los primeros seres que podían escucharle : « Aquí estoy yo. »

Tienen las voces tonos, como los colores ; unas son claras, otras sombrías, otras aún incoloras y como grises : el *cri-cri* del grillo campestre es una nota gris. Del mismo tono es su inteligencia. *Stultior grillo*, más tonto que un grillo, decían los latinos hace dos mil años. Completamente primitivo, incapaz de malicia, se deja coger en la más infantil de las trampas. Sólo su voz es al tiempo mismo su denuncia y su defensa : al menor ruido se calla, escucha un momento, y vuelve al punto á producir su monótono murmullo.

*
**

Es algo así como un eco de las edades desvanecidas: como un vago recuerdo del pasado. Ese insecto primitivo nos refiere toda la historia de la naturaleza. Él ha sucesivamente asistido á todas las épocas de la evolución progresiva del mundo. Testigo de la formación de los continentes, ha visto muchas veces emerger de las aguas esta Francia en que nos encontramos, y la ha visto desaparecer bajo ellas y salir de nuevo á la superficie. Ha visto transformarse de siglo en siglo el aspecto del mundo á favor de extrañas metamorfosis, y ha contemplado cómo los batracios sus contemporáneos, las ranas, los sapos, las salamandras, los laberintodontes, — ranas más grandes que los bueyes, — reinaban como soberanos en las orillas de los ríos, en los parajes húmedos, en medio de las tormentas, en los senos misteriosos de los bosques nacientes, intentando dominar con sus primeros gritos inarticulados el fragor del trueno y los rugidos del huracán devastador.

Bosques inmensos preparaban las hullas; ramas gigantes preparaban las espesuras de las selvas impenetrables; maravillosos helechos inauguraban la era del mundo vegetal, en el seno del que iban desarrollándose y pululando los primeros insectos. Pero en aquel entonces ni los pájaros habían aún nacido ni las flores abierto sus corolas, ni mostrádolas siquiera: era un mundo salvaje y formidable, al que sucedió otro mundo más formidable todavía, el de los ictiosauros, plesiosauros, iguanodontes, megalosauros, y atlantosauros, gigantes de treinta metros de longi-

tud, colosos que pesaban treinta mil kilogramos, y que pastaban en los bosques umbrosos, á las orillas de ríos y lagos, aplastando con sus pies enormes los arbustos de abajo, mientras que por encima de ellos los reptiles volantes, los pterodáctilos, los murciélagos gigantes, turbadores medrosos de los sueños de la tierra, comenzaban su vuelo saltando torpemente de rama en rama, ó agarrándose sin agilidad á las rudas paredes de las rocas.

La naturaleza viviente había permanecido muda hasta la terminación de los tiempos primarios; moluscos, crustáceos y peces permanecieron sordos al ruido atronador de las olas estrellándose contra el acantilado, del viento que silbaba entre el follaje, de la tromba, del rayo, del huracán, del trueno... Después comenzó el zumbido de los insectos; las cigarras frotaron sus élitros, cantaron las ranas, aullaron los saurios gigantes y moduló en fin el pájaro sus primeros trinos. El perfeccionamiento de la voz ha sido como una imagen del perfeccionamiento de la vida. Ya entonces, al comenzar ese perfeccionamiento, en el balido del cabritillo llamando á la oveja, en el maullido del gato, en los ladridos del perro, en el rugido formidable del león como en el canto del pájaro, la naturaleza hablaba, haciendo oír, sin duda alguna, los ensayos rudimentarios de un lenguaje. La humanidad estaba aún muy lejos, pero indudablemente más cercana de aquellos tiempos que de los tiempos mudos de los peces y de los zoófitos.

Son todas esas voces algo así como un eco de los sucesivos ensayos de la naturaleza, eco en el fondo del cual percíbese distinta la voz más antigua de todas, la

del grillo, que ha atravesado esos millones de años de historia, sin percatarse siquiera de ello.

¿Conoce acaso nuestra existencia? Seguramente. Sus congéneres, como él, viven lo mismo que en otro tiempo; en el silencio de la noche, sigue produciendo el mismo ruido que producía en aquellas remotas edades en que su canto y el rumor del viento eran los únicos ruidos que llegaban á interrumpir el silencio del mundo; la corredera su parienta devora hoy la harina del panadero como devoraba la de las plantas de la época primaria; conserva la luciérnaga sin extinguir la luz que arrastraba consigo por los bosques secundarios; produce la rana los mismos ingratos sonidos que en tiempo de los laberintodontes; en el zumbido de los insectos vespertinos es fácil reconocer la alegría instintiva que les produce el encontrar de nuevo la sombra crepuscular de los tiempos primitivos; y en esta confusión de ruidos y de armonías nos es dado percibir la nota de cada edad, el eco de cada una de las etapas del progreso de la vida en su peregrinación sobre la tierra.

¿Cómo no reconocerlo? ¿Cómo no sentirlo? ¿Acaso no es el hombre el último de los nacidos, el resumen supremo de la creación entera? ¿Acaso no estamos ligados á la naturaleza por mil distintos lazos que nadie es capaz de desconocer ni de destruir? ¿No es cierto, no es indudable, que la soledad de los bosques, la frescura de las praderas, el perfume de los valles, el murmullo de las fuentes, los cuadros soberbios del mar, el aspecto de las montañas nos hablan un lenguaje misterioso en el que encontramos siempre como un reflejo de nuestras ideas, como un eco de nuestros ensueños?

Hijos de la eterna naturaleza vivimos siempre en ella y por ella, y en nuestras alegrías como en nuestras tristezas, lo mismo en nuestras orgullosas aspiraciones que en los amargos desencantos, ella es la que nos habla, la que nos guía, la que nos consuela, la que nos sostiene. De ella podemos decir lo que de Dios decía el Evangelista: *In ea vivimus, movemur et sumus*; en ella vivimos, nos agitamos y somos.

*
**

Oyendo el dulce concierto de la tarde parecióme pues verme transportado á un tiempo anterior en muchos millones de años á la creación del hombre, á esa lejana época primaria en que la fuerza vital del planeta terrestre estaba principalmente representada por dos grandes sistemas de organización; en las aguas, los primeros vertebrados, los peces; en la tierra las primeras plantas, los vegetales criptógamos, sin flores, sin perfumes y sin frutos.

La divina tendencia á la perfección incesante, ni en el reino animal ni en el vegetal había producido aún las especies superiores, si bien habíase manifestado ya magníficamente por las etapas de perfección acumuladas del reino mineral á los peces y á los insectos de una parte y de otra á los helechos y tierras bolares; y la obra debía continuarse con mayor brillantez aún, dando á través de las edades nacimiento á las plantas nerviosas ó carnívoras, á la sensitiva y cien más, y paralelamente á las aves y á los mamíferos, para llevar sin detenerse la marcha del progreso hasta la creación del hombre.

Nos hallamos en medio de la selva del grillo. Como los animales existentes en esta edad, las plantas primitivas son humildes, están desprovistas de flores — esas camas nupciales — y su nombre de criptógamas (bodas ocultas) simboliza precisamente ese estado. ¡Nada de sexos separados! órganos que se disimulan tan bien, tan discretos, que de su existencia dudaban aún no hace mucho tiempo eminentes botánicos.

Permanece aún rudimentario, fluctuante, indeciso, el sistema de generación, sin alcanzar ese perfeccionamiento que significa la separación de sexos y la necesidad del contacto de dos seres distintos y complementarios el uno del otro; perfeccionamiento tan íntimamente apreciado por todos los seres que ha ido consolidándose con el progreso y que con seguridad puede afirmarse que no caerá jamás en desuso.

Nada de flores entonces, nada de coquetería, nada de perfumes, nada de voluptuosidad, nada de atracción, nada de tocamientos... ¡amor de moluscos, de crustáceos, de peces! Pero bien pronto la naturaleza inquieta se eleva hacia un ideal más poético á la par que más sensible. De las criptógamas saldrán las fanerógamas, como los vertebrados salieron de los invertebrados. Va á nacer el pistilo, lo buscarán los estambres, y el polvillo misterioso llegará á despertar el lóbulo virginal, á transformarlo en planta por virtud de un contacto misterioso. La vida pasa del hongo á la rosa; la arcilla, la masa, va hacia el ángel.

Mucho tiempo hace que los sexos en los animales están separados, siendo esta separación causa activa de perfeccionamiento y de progreso. En cambio no lo

están en todas las plantas, constituyendo excepción aquellas que gozan de tal refinamiento de progreso. Pero en la época á que el rumor del grillo nos ha transportado, los sexos empezaban apenas á manifestarse; de ellos habían estado desprovistos los seres vivientes durante millones de años.

Carecen aún de sexo los primeros organismos, bacterias, fonaminíferos, radiolarios, noctflucos, cuantos crustáceos dan al mar fosforescencia, y también los pólipos, y las esponjas. Todos esos seres son además ciegos, sordos y mudos: ¿cómo no, si en ellos no existe la cabeza? Las luciérnagas y otros insectos, también carecen de sexo ó por lo menos se reproducen de dos modos diferentes, por fisiparidad y por una especie de generación sexuada. Ciertas nereidas, compuestas están de dos individuos soldados por los extremos, sin sexo uno, y sexuado el otro. Dijérase que la naturaleza se ha complacido en ensayar todos los medios antes de decidirse por el mejor.

Hay que convenir en que la existencia y separación de sexos desde el primer instante, habría sido temeraria, porque los seres carecían de pensamiento; claro es que no encontrándose y reuniéndose los individuos de sexo diferente, la vida habría desaparecido pronto. ¿No es acaso ya bastante atrevimiento haber provisto de sexo diferente á los vegetales superiores, aun cuando se trate de los que están sujetos á la tierra por fuertes raíces? Muchas son las plantas solitarias que jamás fueron fecundadas. Conocida es la historia de la palmera hembra plantada en Otranto que permaneció estéril hasta la época en que otra palmera macho que crecía en Brindis pudo elevar su copa por encima

de los árboles vecinos y confiar á la brisa su precioso polvillo fecundante. Sin el viento y sin los insectos, ¡ cuántas flores morirían abandonadas é infecundas !

*
**

Véase de qué modo el canto monótono del grillo, el murmullo crepuscular de ese antiquísimo testigo de las edades desaparecidas, hizo pasar ante mis ojos toda la historia. El insecto, el pájaro, el reptil, el cuadrúpedo, el mamífero, se me aparecieron cada uno de ellos con sus instintos de origen, explicados por ese origen mismo.

Desde hace millones de años los termitas liman la madera para comerse el aserrín, sin preocuparse de los modernos alimentos, sólo porque nacieron en los bosques encajados en las inmensas selvas vírgenes de la edad primaria; cuando esos bosques faltaron, la industria humana proveyó á sus necesidades; pero ahora, como entonces, se alimentan de madera. Las libélulas buscan aún una víctima viva en el mundo de los insectos acuáticos, porque en la época de su creación aun no existían las flores. Por el contrario, nacida con posterioridad á la flor, la mariposa se sumerge en las corolas y se embriaga con los perfumes del polen. Las metamorfosis del insecto resumen la historia de la naturaleza viviente; la oruga grosera que se arrastra y roe, representa el alma primitiva; la elegante mariposa, flor viva, aérea, bonita, es de la época terciaria. La golondrina que construyó sus primeros nidos en una isla, de tierra, sigue haciéndolos de tierra, lo mismo que otras veces. Explícanse las

emigraciones de estas aves por la unión de la Europa al África en tiempos del mar mioceno: más tarde se cruzó el Mediterráneo; pero las golondrinas saben por tradición que al otro lado de ese mar encuentran una tierra para ellas hospitalaria. Su vellón le fué dado á la oveja al mismo tiempo que al mammoth el suyo, durante el período glaciario; entonces el elefante y el rinoceronte vivían juntos, como lo prueba el hecho de que con frecuencia se encuentren reunidas sus osamentas en las cavernas cuaternarias. Aún hoy puede vérselos en los juncales de África y de Asia, unidos por el instinto de una amistad antigua. Si por el contrario el perro y el gato manifiestan el uno por el otro aversión que se ha hecho proverbial, es porque en otro tiempo sus antepasados prehistóricos se devoraban entre ellos. El mono de largos brazos está conformado para vivir en el mundo de bosques espesos, de ramas y de lianas, á lo largo de las cuales se deslizaba balanceándose. Del mismo modo todos los seres parece como que llevan en sí, en su forma, en sus instintos, en su lenguaje, el sello de la época durante la cual nacieron.

*
**

En tanto que estas reflexiones ocupaban mi imaginación la luna se había elevado lentamente en el cielo, como hostia inmensa, llegando á dominar y á bendecir el mundo dormido: sus rayos vertían silenciosamente en el aire tembloroso rocío de luz; iban poco á poco desapareciendo los pueblecillos, como si se hundiesen en la sombra de la noche, y el grillo, infatigable, con-

tinuaba entonando su canto de las primeras edades del mundo. Todo callaba, como en el cementerio: solo él, á su modo, narraba la antigüedad de la tierra.

Pero de pronto, herido sin duda á través del follaje por espléndido rayo de luz, reanudó el ruiseñor con su voz clara, límpida y pura, su canción un instante interrumpida, ora lanzando fantásticas notas á las estrellas, ora improvisando modulaciones melancólicas, ora matizando de mil diferentes tonos su inacabable discurso.

« ¡ Oh ! — decía — las voces todas de la naturaleza, ante la mía palidecen y se debilitan: olvidad el pasado, yo soy la vida, soy el amor, canto el progreso divino, soy tu precursor, oh maravillosa voz humana. Si es hermosa la naturaleza, es porque la humanidad la comprende. Todos nosotros, pájaros, insectos, animales de los bosques y de las llanuras, si hemos llegado á la tierra antes de que á ella llegarais no ha sido más que para preparar vuestro reinado; y nosotros, pájaros superiores, lo comprendemos tan bien, que preferimos vuestros bosques á las soledades, y con frecuencia, en nuestros ratos de ocio, cantamos para entreteneros, y muchas veces nos ponen en voz vuestros conciertos. Pero no seáis ingratos; no olvidéis en absoluto á vuestra mejor amiga, la naturaleza, madre joven, siempre llena de encantos; no paséis vuestra vida encerrados entre muros de piedra; no respiréis siempre el polvo de vuestras industrias; no os atrofiéis en el estúpido ruido de vuestras ciudades; volved aquí alguna vez, y quedaos con nosotros en la atmósfera pura y perfumada de los campos y de los bosques. Las voces todas de la naturaleza os invitan

á apreciar la belleza del universo que os rodea; historia es esta por de más interesante; comprendedla y vivid un poco como nosotros, en la tranquila dicha de la sencillez. »

Así el ruiseñor cantaba. Parecióme que su lenguaje completaba el del grillo, y aun por largo tiempo permanecí escuchándolos alternativamente, sin envidiar la ambición de los hombres, ambición que los encierra en el mezquino círculo de la gloria inquieta de las tribunas ó de los tronos.